

mente, cuando forma parte de una sociedad organizada. El origen de esta idea-fuerza es el instinto de conservación aleccionado por la experiencia de nuestra propia debilidad. Esto es, precisamente el principio del «Contrato Social» de Rousseau, cuyo único error, propio de la ingenuidad de los filósofos románticos y del orgullo de los filósofos escolásticos, que atribuían todos los actos del hombre á su libertad é inteligencia, consiste en haber supuesto á dicho contrato, como emanado de la conciencia voluntad, cuando lo fué de la subconciencia, ó sea del instinto.

Confieso, sin embargo, que de las premisas sentadas no resulta bien claro el principio de la *idea fuerza social*, de la sociedad producto y no suma. Todas esas premisas podían aplicarse á las colonias ó rebaños de animales mamíferos, y en ellos no se comprueba el principio, pues son sociedades-sumas. Además, he empleado como argumento los movimientos de las multitudes, cuyas pasiones son ocasionales y no normales.

Es que el hombre es *algo más* que un «animal sociable»... Ese *algo más* explica la sociedad-producto y explica el fenómeno esencialmente humano del progreso... Ese *algo* llena un sensible claro que he dejado en mi exposición de este capítulo, sobre la sociabilidad del hombre y el potencial psico-físico de las sociedades...

¿Qué es el hombre?

## CAPÍTULO XV

### El Hombre ó la Aspirabilidad humana.

Para los idealistas clásicos y escolásticos el hombre es un *ser único*, sin semejantes sobre la tierra, que posee un cuerpo mortal y un alma inmortal.

Para los materialistas monistas, el hombre es simplemente el primer animal de la escala zoológica.

En el primer concepto se establece una inexactitud, pues las ciencias físico-naturales han demostrado que la dualidad de cuerpo y alma del hombre es evidente en todos los animales: luego el hombre no es un *ser único*, sino una expresión suprema de una escala ascendente de seres semejantes. Este es el segundo concepto, que se halla dentro de lo demostrado por la ciencia. Pero ¿por qué es el hombre el primer animal de la escala zoológica? Los naturalistas os responderán que porque su organización psico-física es la más perfecta y poderosa. Admitido; mas sería indispensable averiguar *si dentro de la psicología humana existe algún poder superior que no se halle dentro de las facultades de los demás animales...* En otros

términos, si el espíritu humano, á más de su *superioridad cuantitativa* sobre la inteligencia de los demás animales, no posee también algún *rasgo propio*, que los demás animales no poseen, en el que estriba su incontestable superioridad. Obsérvese la vida del hombre y parangónese á la vida de las bestias, y se llega á este *hecho* capital: *el hombre concibe y realiza el progreso indefinido, y la bestia no. ¿Por qué?...*

La primera respuesta que ocurre es: porque el hombre habla. Pero ¿no posee también la bestia su lenguaje rudimentario, que llega á ser en los primates un idioma monosilábico? ¿Cómo no lo han perfeccionado? No es por falta de órgano adecuado, pues si á ello hubiera tendido, la función hubiera formado el órgano.

La segunda respuesta que ocurre: porque el hombre es «un animal sociable». Pero ¿no se ha enunciado ya que la sociabilidad es un resultado del instinto genésico y de conservación que todos los animales poseen? Un principio de sociabilidad existe en todos los animales; sin embargo, sus sociedades, aunque llegan á veces, como en las colmenas, á resultados sorprendentes de división del trabajo, no progresan; no llevan por norte la bandera del Progreso, sino simplemente la de la Vida.

Entonces, acorralado el ánimo, no queda más contestación que ésta: porque el hombre es un

«animal superior». Pero esto es una petición de principios. La explicación psicológica es una petición de principio. ¿Por qué es superior el hombre? ¿En qué *rasgo cualitativo* se revela esa superioridad indiscutible, *cuya exteriorización es el progreso?* Aquí viene la *única, absolutamente la única* definición de hombre que concibo:

EL HOMBRE ES UN ANIMAL QUE ASPIRA...

Del estudio comparado de la psicología humana y la animal resulta que las bestias, como los hombres, tienen instinto, sensibilidad, inteligencia y voluntad relativas; sienten, aman, piensan, edifican, poseen su lenguaje y hasta realizan sus pequeños adelantos cuando se hallan en circunstancias imprevistas á la estirpe. Una sola cualidad humana hay por excelencia, patrimonio exclusivo de los hombres, base de todas sus grandezas: el impulso de aspirar, de mejorar, de perfección, de prosperar *á lo infinito*. El espíritu de religión, el espíritu de rebelión, el espíritu de innovación, el espíritu de investigación, el espíritu de organización, el espíritu de conquista..., en fin, el espíritu humano, no son sino consecuencias de ese impulso de perfeccionarse *hasta lo infinito*, que llamo «aspirar», que se llama «progreso».

Como la conciencia, no necesita definirse ni demostrarse, porque es una sensación íntima que no puede ignorar quien la posee.

La conciencia-voluntad es la sensación de nuestra *unidad animal*.

La aspiración del progreso es el sentimiento de nuestra *superioridad humana*.

Lancemos una larga, profunda, nerviosa mirada en nuestro fuero interno de hombres, preguntándonos, ¿cuál es el *índice demostrativo del HECHO*? Fácilmente llegaremos á esta conclusión: el hombre, aunque *no se explica* la existencia del infinito, *concibe* la existencia del infinito. Un gato, un perro, un mono, bien domesticados, pueden llegar á comprender los más audaces «trucs» del hombre; pero nunca concebirán la existencia del infinito. *Voilà l'homme!* Entonces, las bestias son animales psicofísicos; pero *el hombre es un animal metafísico*.

Simplifiquemos las tres antiguas esferas simbólicas del conocimiento, expuestas por Duns Scoto:

- 1.<sup>a</sup> La inteligencia no es capaz de concebir la existencia de un hecho;
- 2.<sup>a</sup> La inteligencia es capaz de concebir la existencia de un hecho, pero no explicárselo;
- 3.<sup>a</sup> La inteligencia es capaz de concebir y explicarse el hecho.

Si el infinito es un «hecho», como *subjetivamente* creemos, el primer grado corresponde á las bes-

tias y el segundo al hombre. El tercero es la *x* de lo Incognoscible.

La *aspirabilidad*, la cualidad humana por excelencia, es el *origen subjetivo* del progreso, la obra humana por excelencia, la *proyección objetiva* de la *aspirabilidad*.

En efecto, ¿qué es la *aspirabilidad*? La concepción de un infinito, de un indefinido... ¿Qué es el progreso? La tendencia á una perfección indefinida... ¿Cómo realizar entonces la tendencia á una perfección indefinida si no se concibiera la existencia de ese indefinido?...

Debo aquí apuntar dos hechos que, mal interpretados, podrían considerarse objeciones á la teoría:

1.<sup>o</sup> No todos los hombres saben aspirar, sino los pertenecientes á ciertas razas progresistas (civilizadoras). Aun en estas razas, la facultad de aspirar es diversa, según los individuos. Hay razas inferiores que, según testimonio de viajeros y psicólogos, no saben aspirar, tales como los esquimales y los bosquimanos. Por ello permanecen estacionarios como las bestias. El fetiquismo que profesan no es una demostración de su *aspirabilidad*, pues si en sus formas más elevadas puede considerarse un principio de aspiración religiosa, no así en sus formas ínfimas, en que es simple-

mente una manifestación de terror animal hacia los elementos destructores de la naturaleza, las bestias feroces, los venenos, las tormentas.

2.º Hay observaciones de viajeros y naturalistas, de los que se podría inducir que ciertos animales, especialmente los primates, poseen la facultad de *aspirabilidad*. Por ejemplo, ciertos individuos «simia troglodytes» que han llegado á domesticarse, han acabado por manifestar un *desprecio humano* hacia sus congéneres que permanecen en estado salvaje, y un verdadero amor por los objetos de la civilización cuyo uso han podido comprender, como son las telas especialmente y ciertos utensilios caseros... Igualmente en su afectividad han llegado á profesar un cariño entrañable á los hombres aparentemente superiores, los amos... La imitación podría ser un nuevo argumento... En los animales domésticos comunes se observan rasgos psíquicos semejantes. ¿No podría ser todo ello la exteriorización de una incipiente *aspirabilidad*? Sea lo que fuere, el hecho es que, si hay aspirabilidad en las bestias, ello es en tan ínfima porción, que puede reputarse cantidad despreciable. Por otra parte, el bienestar físico bien entendido basta para explicar el fenómeno. Vuelto «el simia troglodytes» al estado salvaje, olvidará en absoluto sus veleidades de orgullo humano. Tales los guaraníes, torpísima raza americana, que, en estado salvaje,

no llegaba á contar más que hasta tres, y que en las misiones jesuíticas aprendió á labrar la tierra y aun á rezar, contar, leer y escribir; expulsados los jesuítas, volvió á vivir en los bosques en su primitivo estado. Hallo más lógico negar á los guaraníes la aspirabilidad, que hacerla común á todos los primates. Confirma este concepto la prueba *a posteriori* del progreso.

No puede concebirse que un pueblo marche en la vanguardia de la civilización, si su raza no sabe aspirar. Esta cualidad trascendental es la condición fatal del progreso, es su definición, su fuerza, su realidad, su eficacia; y es á incrementarla ó encauzarla á donde deben dirigirse los esfuerzos de las ciencias físicas y morales. Crearla no es posible. *Quod natura non dat, Salamanca non prestat*. Norte-América nos da una elocuente demostración de esta verdad: la educación se extiende allí á blancos y á negros; y, á pesar de las condiciones extraordinarias de aquel país, que hubieran facilitado á los últimos la acumulación de riquezas, ya que no sirvan para arte, ciencia ó política, éstos han permanecido casi estacionarios, porque su *aspirabilidad* es harto menor que la de los anglo-sajones. Las pocas excepciones son de cruzamientos, que suele dar un producto que posee ciertas condiciones originales, ó bien de ciertas razas africanas que, como la hotentote poseen,

siquiera incipiente, la suprema facultad de aspirar.

Aun en una misma raza, en un mismo pueblo, en una misma familia, muy varia es, en cada individuo, la fuerza de esta facultad, de *aspirabilidad*. La aspiración á la belleza de un Goethe, á la bondad de un San Francisco de Asís, á la investigación de un Newton, á la patria de un Pelayo — no son las de cualquier flaco hombre del pueblo, ó la de cualquier burgués ventruado, ó la de cualquier egoísta aristócrata. No aspiran todos los hombres de las razas que saben aspirar, ni todos los que aspiran, aspiran en igual grado. Enséñannos las biografías de los grandes políticos ingleses,—Chatham, Pitt, Gladstone,—cuánto tuvieron éstos que luchar contra la pequeñez de parlamentos que no supieron aspirar como ellos. Heine se burla de la estrechez intelectual de un pueblo que ha producido á Kant, á Hegel, á Wagner. Porque aunque cada hombre superior abarque las aspiraciones de todo un pueblo, del cual es síntesis é imagen ideal por un fenómeno de psicología colectiva preapuntado, no todo el pueblo abarca las del hombre superior. Las presentirá vaga, nebulosamente, allá en su fuero interno; colaborará á ellas en el alma nacional; pero no es posible que cada miembro del vulgo pueda originalmente sentir las en conjunto. Si todos las sintieran, todos serían hombres de genio, y el hombre de genio es la más bella *rara avis* de la

humanidad. Los antiguos lo llamaron «semidiós» y «héroe». Carlyle, rehaciendo este poético simbolismo, ha desarrollado la teoría del «heroísmo», cuyo principio fundamental es la «sinceridad del héroe». Si el «héroe» es forzosamente una síntesis de su pueblo, la «sinceridad del héroe» no es más que la concordancia de sus pasiones con las de su pueblo. Pero esta concordancia, no es casi nunca *actual*; la *aspirabilidad* del «héroe» tiende al futuro; de ahí que esa «sinceridad» discrepe, á veces, con el presente: y que se crucifique al redentor. Pero como el redentor presente que lo que siente su pueblo lo sentirá mañana, y presente que ello constituye precisamente la fuerza de su «sinceridad», lucha hasta vencer. Eso es el «heroísmo».

Si la sociedad funciona como un organismo, cada función social debe tener sus órganos. Para guerrear hay ejércitos, para curar hay médicos, para aspirar hay «héroes», que se suelen llamar *superhombres*. Del estudio positivo del superhombre resulta que, si sociológicamente es superior al hombre normal, *antropológicamente es inferior*. En general, es un «buen animal». Es un tipo *sociológicamente evolutivo*, y *fisiológicamente degenerativo*. Aunque este fenómeno nunca se ha mencionado en metafísica, en mi sentir, es el argumento más concluyente de la hipótesis materialista...

Abandonemos un momento, en efecto, la re-

gión de la psicología especulativa para entrar en los dominios de la *psicología trascendental ó metafísica positiva*:

La hipótesis idealista supone la primacía de una substancia  $x$  psíquica ideal, distinta de la materia y la fuerza, que ha generado la vida animal.

El nexa de lo físico y de lo psíquico se explica entonces, no por las evoluciones de la materia, sino de esa substancia  $x$  psíquica ideal, que modela y dirige la materia; cuanto mayormente se intensifica, perfecciona más y más el cuerpo animal.

El *summum* de esa substancia  $x$  psíquica ideal se alcanza en la *aspirabilidad humana*.

Siguiendo su ley de primacía, el individuo que alcance ese *summum* debe ser psíquica y físicamente evolutivo.

Sin embargo, en la realidad, esa superioridad psíquica, aunque involucra, sí, un cuerpo que posee un sistema nervioso extranormal, no produce un *tipo animal evolutivo*, sino un *tipo animal degenerativo*.

Apunto esta argumentación *a posteriori* como la más favorable que concibo acerca de la hipótesis materialista; pero debo recordar, al propio tiempo, que no trato en ella de conocer lo incognoscible, sino de deslindar las fronteras que separan á la ciencia positiva de lo absoluto. Y en

prueba, reitero que, á pesar de esta sólida argumentación, mi temperamento me inclina á la hipótesis idealista, como *más humana*.

Aunque todos los problemas de lo incognoscible podrían considerarse *subjetivamente* como un sólo bloc,—la *unidad de lo incognoscible*,—*objetivamente* pueden sintetizarse en unos cuatro ó cinco enigmas cardinales: lo Eterno, lo Inmenso, lo Primero, lo Absoluto y lo Psico-físico. O sea, en otros términos: el tiempo infinito, el espacio infinito, la *causa causarum*, lo relativo y el nexa de lo psíquico y lo físico ó la vida...

Los grandes humanistas y los grandes poetas, amalgaman siempre estas tres ideas generales: la aspiración de mejorar innata á todos los hombres, la perfección en sí y Dios. Nunca se vincularon mejor estos principios que en el citado versículo de Mateo: «Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto...» *Sed*: aspirad subjetivamente á mejoraros indefinidamente. *Perfectos*: la perfección, el progreso, considerados objetivamente *Como es perfecto vuestro Padre que está en los cielos*: lo absoluto, lo infinito, la verdad, la bondad, la belleza infinitas, consideradas, si la expresión se me permite, ULTRASUBJETIVAMENTE Y ULTRAOBJETIVAMENTE.

Todo humanista y todo poeta ha repetido, sin

plagio, por coincidencia, por *identidad humana*, más ó menos bien, más ó menos mal, este TRÍPODE ANGULAR de la humanidad. Tomo al azar tres grandes poetas franceses modernos: Lamartine, Musset y Hugo.—Para Lamartine:

Borné dans sa nature, *infini dans ses vœux*,  
L'homme est un dieux tombé que se souvient des cieux.

Un filósofo, un naturalista, observará á estos versos que el hombre no es «un dios caído», sino más bien un animal elevado, que aspira, no que «recuerda» á los cielos... Poco importa; los citados versos definen al hombre en última instancia, como un animal terrestre que aspira al infinito... Y esto es el hombre. Pero la aspirabilidad humana rara vez se halla en la poesía en forma tan filosófica («*infini dans ses vœux*»); generalmente se condensa en «Amor», en un Amor superior, en un «Amor divino».—Dice Musset, que era emotivamente todo un poeta, á la Malibrán, célebre cantatriz que aspiraba á lo infinito en la belleza de la música que interpretaba:

Oui, oui; tu le savais et que dans cette vie  
Rien n'est bon que d'aimer, n'est vrai que de souffrir.

.....  
*Ce que l'homme ici bas appelle le génie,*  
*C'est le besoin d'aimer; hors de là tout est vain.*  
*Et puisque tôt ou tard l'amour humain s'oublie,*  
*Il est d'une grande âme et d'un hereux destin*  
*D'expirer, comme toi, pour un amour divin!*

En otra parte dice ese mismo poeta á «Brama, Júpiter ó Jesús»:

Si la souffrance et la prière  
N'atteignent pas ta majesté,  
Garde ta grandeur solitaire,  
*Ferme à jamais immensité.*

Es un modo místico de reconocer que el hombre concibe la existencia del infinito, y la identifica á su dios, Brama, Júpiter ó Cristo.—Hugo, cuyas ideas de metafísica son vagas, y parecen puramente verbales, tiene versos sobre el amor-aspirabilidad, el amor perfección:

*Oh! l'essence de Dieu c'est d'aimer.....*  
.....  
*.....c'est Dieu que j'ai pour hôte*  
.....  
*Nous sommes deux au fond de mon esprit, lui, moi.*

Con la energía de un redentor oriental dice: *S'il n'y avait pas quelqu'un qui aime, le soleil s'éteindrait.* Traduzcamos este pensamiento á una pura filosofía: si ningún hombre fuera capaz de amar la perfección, nadie aspiraría á la perfección, y la humanidad degeneraría; degenerada, á cabo de una serie de degeneración, moriríase; sus ojos se cerrarian para siempre á la luz del sol, y como, aparte del hombre, nadie parece capaz de aspirar en la tierra, el sol se apagaría para ese concepto sublime del progreso eterno.

Más que todos los hechos de la fisiología y

que todos los argumentos de la psicología y que todos los fenómenos de la sociología, prueba á favor de la DOCTRINA DE LA ASPIRABILIDAD el testimonio *unánime* de los taumaturgos y los poetas, que son quienes ven más hondo en el alma humana... Todos concibieron y enseñaron el Más allá... Luego, concretando en últimos términos:

EL HOMBRE ES UN ANIMAL CAPAZ DE ASPIRAR...

*El hombre es el ÚNICO animal que aspira indefinidamente...*

Aspirar indefinidamente es concebir la existencia ó posibilidad del infinito...

Concebir la existencia ó posibilidad del infinito no implica la capacidad de comprenderlo ó de alcanzarlo. Comprenderlo ó alcanzarlo es algo superior á las fuerzas animales psico-físicas, bien reducidas en sí. Por esto el hombre, á pesar de su *aspirabilidad*, no es un dios caído, sino un animal, aunque el primero, formado del cieno terrestre... y que volverá al cieno, extinguida su vida (*pulvis eris et in pulverem reverteris*)... Recuerda un hermoso símbolo de la mitología escandinava... Vivía un clan de sapos en el fondo de un pozo hondo y húmedo y oscuro. De padres á hijos iban transmitiéndose una antiquísima leyenda: cada cien años nacía en la casta un sapo con «una piedra preciosa en la cabeza». Todas las nuevas generaciones buscaban en vano á quien llevara la piedra, más que preciosa, divina... Uno de los más jóve-

nes, indiferente á esas investigaciones, contemplaba diariamente la luz del medio día, diciéndose: «¡Quién pudiera ver el sol y después morir!» Y una vez, como bajara al pozo un balde en busca de agua, saltó él en el balde, y llegó al pleno aire... Era un hermoso jardín, desde donde podía contemplar el sol... Y al contemplarlo, se dió cuenta de que el sol, la imagen del sol, la aspiración del sol, era la piedra preciosa ó divina del «elegido» de su raza que él llevaba en su frente... Esto es lo que lleva, entre los demás animales, el hombre; y entre los demás hombres, el genio...